



John & Jitts

El Señor de los Monos y la Mona Chita

de
Julio Salvatierra

(fragmento)

Personajes

John

Anciano de casi ochenta años. Encorvada osamenta del que en su juventud fue considerado el mejor atleta de la primera mitad del siglo veinte. Tal vez en silla de ruedas.

Jitts

Chimpancé macho de cerca de setenta años, estupendamente conservados.

Acción

en un momento aproximadamente actual.

AMANE CER

Jitts, sólo, y John, sólo, parecen hallarse juntos sobre el escenario. En realidad habitan mundos diferentes. Aunque sus palabras dieran la impresión de lo contrario, en ningún momento pisarán el mismo suelo, salvo al final.

Un reloj de pared infantil, en el espacio de Jitts, marca su tictac durante toda la obra, en una línea de sonido que fluctúa entre lo inaudible y lo apenas perceptible.

JITTS

John... John... hu, hu, hu... John... ¡iih, iih, iih...! Soy Jitts. Jitts. Despierta... Despierta, John... No puedes seguir durmiendo, ¡vamos! ¡Estás en peligro! ¡Vamos! Kerchak viene. Despierta, John, por favor, ¡Kerchak viene! John, despierta, ¡despierta! ¡¡despierta...!!
Hu, hu, hu... ¿gn, gn, gn...? Hu, hu, hu... Al final quien se ha despertado soy yo.

La mona Chita atusa sus cuatro pelos y contempla con rostro impenetrable el nuevo día, todavía con un pie dentro del sueño.

¿John...? ¡Hi, hi, hi! Mono estúpido... yo jamás le llamé John? ¡Hi, hi, hi...! Mono estúpido. ¡Hi, hi, hi! ¡John! Hi, hi, hi... Seré macaco...uh, uh, uh... Se reirá cuando se lo cuente. Hoy no va a llover. Tampoco va a hacer sol. No se nublará, pero tampoco escampará. Pero hoy nos da todo igual, ¿verdad? Hoy viene, espero... me dijo que era hoy... ¿hoy es hoy, no...?

La mona Chita se dirige muy seria a un público imaginario.

Hu, hu, hu... hu, hu, hu, hu-hu-hu, iih, iih, iih, iiih, iiiih, iiiih!!

Les acabo de decir hola en mi idioma. Soy la mona Chita, o así me llaman. Y si ustedes supieran hablar mi lengua les contaría muchas cosas, pero no saben. Y la verdad es que nunca he entendido por qué vienen entonces a verme, si no puedo contarles nada....

No puedo contarles de los anocheceres de cielo rojo y de nubes tinta azul. De mi África natal y de sus tormentas tropicales hamacándote sobre las copas de los árboles. De las grandes manadas de bisontes que al correr sobre la tierra seca hacían retemblar todas mis entrañas, del rugir oscuro de los leones, del majestuoso río Níger abriéndose paso entre la selva... hi, hi, hi... menos mal que no me entienden... ¿habrá bisontes en África? Hi, hi, hi...! Uh, uh, uh... pero también les hablaría de la diosa luna, que es una mona hermosísima con forma de mujer que algunas noches desciende sobre las selvas, de savia o de ladrillo, para acoger en su seno a todos los jóvenes chimpancés necesitados de cariño y de calor... sus cabellos son rizados y sus labios, rojos. Uh, uh, uh... les contaría mil historias maravillosas donde todo lo inventado es sin embargo cierto, y donde por la noche siempre aparece una mano amiga para rascarte la barriga... si ustedes pudieran entenderme... uh, uh, uh...

¹ En un documental sobre Jane Goodall se ve cómo hace este saludo ante una escuela de niños en África (empieza con el típico sonido gutural y sigue una progresión en velocidad y volumen hasta acabar en una serie de cortos gritos agudos. A continuación Jane (sic) explica que esa es la forma chimpancé de saludarse) (N. del A.)

*La mona Chita se sumerge en la absorbente actividad de desparasitar sus peludas extremidades, dándose tiempo para su lento y tranquilo despertar.
John, en otro mundo, comienza a responder.*

JOHN

La primera fue Lorelei, pero de ella ni flores. Sólo tengo imágenes sueltas aquí y allá. Es malo no acordarse bien de las personas, sobre todo si has estado enamorado de ellas, ¿no les parece...? O tal vez sería peor acordarse de todo. Quién sabe. Lorelei y yo hicimos el amor en una tienda de campaña. De eso sí me acuerdo porque hacía mucho calor. Y por otras cosas... Siento si a veces les cuento cosas que no vienen a cuento, pero mi memoria no es muy buena, aunque como ustedes quieren saberlo todo, da igual, a veces saber de lo que uno *no* se acuerda da más información que lo contrario... Y luego vinieron Bonnie, Lulú, Helen, Beverly... ¡No! ¡Beverly fue antes de Helen! Dios mío. Estoy mal, ¿ven? ¿Cómo se me puede haber olvidado eso? Es un desastre, yo fui un rey, y ahora fíjense, soy un pelele desde que me rompí la cadera, un deshecho. Con Beverly además tuve tres hijos: Johnny, Wendy y Heidi. Y *luego* de Helen, vino Sofia. A ver: Lorelei, Bonnie, Lulú, Beverly, Helen y Sofia. Seis. Las enumero para darles la perspectiva, pero no es fácil. Recordar a las seis juntas me da un poco de miedo, la verdad. Y he pensado muchas veces en la razón de porqué tantas, y creo... que no tengo ni idea. Pensar nunca fue lo mío. Van Dyke me dijo: “le escojo a usted porque da el tipo, ¿comprende? No necesita interpretar ni pensar nada. No tiene usted cara de pensar mucho, así que límitese a seguir mis ordenes”, he, he, he. ¿Se da cuenta? ¡Qué tío! Era una gran persona, Van Dyke. Ahora ya no hay directores así. Por eso creo que cuando pienso en lo que tenían de común entre ellas, sólo me veo a mí. Yo en medio de todas. Así de simple. Ellas eran muy diferentes, pero yo me veo siempre igual, un tímido, con todo lo grande que soy, o que era, igual ahora ya no soy tan grande como cuando gané mis medallas, saben, creo que estoy menguando. Pero más de lo normal, y que si sigo así a lo mejor me reabsorbo, me hago así, pequeñito, pequeñito y slup, no estoy. Como una burbuja al revés.

(Pausa)

[¿Sí? Ah, bueno. Gracias... Sí, a veces tengo pensamientos curiosos como ese, pero creo que no son míos. A veces creo que me estoy haciendo como era mi hijo cuando nació, pero con cara de viejo. Y digo las cosa que oigo como un loro, por imitación. Como un niño.] A los niños también los veo cuando pienso en mis esposas, veo a mis hijos, sobre todo a él, al único varón. Yo quería ponerle otro nombre, el que me había hecho famoso, pero Beverly no me dejó, me dijo: “tú estás loco, ¿cómo le vas a poner eso?. Suena horrible, horrible”. Así decía: “horrible”, alargando mucho la erre: “horrible”. Pero a mí no me lo parecía, me gustaba sobre todo cómo lo pronunciaba una ayudante de vestuario del estudio, que era cubana, y muy regordeta, y que decía: “Muy bien, así que ahora el señor va a tener un tarsansito...” Así decía: “tar-san-sit-to”. Ahora se llama como lo quiso su madre. Pero a mí aquello de “tarsansitto” me gustaba. No era “horrible” “tarsansitto”... ¡Qué va a ser “horrible”, “Tarsansitto”! La que era “horrible” era Beverly, aunque lo disimulaba. “Tarsansitto...” estaba bien. Bien bonito que era Tarsansitto... se lo llevaron con tres años... yo no le abandoné... y ahora él tampoco lo ha hecho... es mi hijo... ..

John se sumerge, suponemos, en un diálogo lejano con algún fantasma de su propiedad, mientras que Jitts estima llegado el momento de desperezarse.

JITTS

Hu, hu, hu... Bueno. Hu, hu, hu... creo que va siendo hora.... El desayuno estará al caer, hu, hu, hu... gn, gn...

(La mona Chita inicia tal vez sus abluciones matinales, que no por breves son menos importantes. Y quizás a continuación sus ejercicios. A lo mejor se detiene de vez en cuando y habla como consigo mismo o con su imaginaria audiencia.)

gn, gn... hola, “bienvenidos a la fundación Chita”, residencia de felices orangutanes estúpidos, chimpancés cortitos, grullas, patos, perros, gatos y de un mono destrozado durante los últimos treinta años... hu, hu, hu... *(pausa)*

Y de un mono que ha estado triste los últimos... diez años, y que... hu, hu, hu... *(pausa)*

Y de un mono que está muy contento, ahora, de tenerles aquí, sobre todo a uno de ustedes... hu, hu, hu... Ese mono soy yo. Me llaman la mona Chita, por si alguno aún no lo sabía. Aunque sobre eso de *la mona Chita* hay mucho que decir... Pero el caso es que uno de los cuidadores me dijo que me preparara un discurso, que hablara con ustedes, que les contara de mi vida, y como ustedes no saben hablar mi idioma... tendré que hacerlo en el suyo. Hu, hu, hu... Él me lo dijo de broma, pero la verdad es que yo empecé a aprender palabras en África, en 1932. A fin de cuentas, ¿qué otra cosa tenían ustedes que pudiera hacer feliz a un mono? Aunque al principio no me gustaban. La primera palabra que aprendí fue *piscolabis*, y era de noche... Es uno de mis primeros recuerdos, no se vayan a reír. Y por eso tal vez la niebla de la memoria obstruya un poco la clara visión de las cosas, pero yo recuerdo que estaba con mi madre en lo alto de un gran árbol en las selvas de Tanganika. No tendría más de un año y de repente oímos algo. Mi madre me dijo: ih, ih, ih, iihi, uh, hu!!!, en voz baja, es decir, “guarda silencio, cariño, que viene gente, y la gente que viene por la noche a la selva no suele ser buena, creeme, porque yo tengo experiencia y tú aún eres muy joven”. El lenguaje de los chimpancés no se pierde en florituras. Yo me quedé callado mirándolo todo con los ojitos como platos, agarrado a la barriga de mi madre, que era peluda. Y vi llegar a dos señores que traían unas serpientes muy largas de trapo que enroscaron a dos árboles jóvenes hasta dejarlos medio torcidos, y luego se fueron. Pero antes de irse uno sacó tres bananas y unos brotes tiernos que traía y los colocó entre los anillos de las serpientes, y mientras lo hacía oí su voz, una voz humana, por primera vez, que decía: “piscolabis”. Y se rió así: “hi, hi, hi...”. Cuando yo oí aquello, no se por qué, me entró una excitación muy grande. O quizás fuera por la vista de los brotes tiernos, que me encantaban (las bananas no me gustaban nada, por cierto), pero el caso es que mi madre se dio cuenta de mi excitación por los tironcitos nerviosos que empecé a darle en los pezones, y me agarró y me dijo muy seria: “¡ih, uh, uh, uh!”, que quería decir: “ESOS BROTES NO SE TOCAN, y me enfadaré muchísimo –pero MUCHO-, si me desobedeces, así que luego no vengas diciendo que no te lo advertí, y déjame los pezones en paz, hijo”. (Ya se sabe cómo son las madres). Pero el caso es que aquella noche no pude pegar ojo. En mis oídos resonaba aquella palabra extraña: “¡piscolabis... piscolabis...!”. Y como durante toda la noche las serpientes no se movieron ni un milímetro, cuando amaneció yo ya estaba decidido. Esperé a que mi madre se pusiera a desparasitar a mi padre, que es una actividad muy absorbente, y en cuanto me dio la espalda un momento me descolgué hasta el suelo.

Olía raro, pero supuse que sería por los señores de la noche anterior. Pisé con gran precaución las serpientes muertas y alargué la mano hacia los brotes tiernos, los levanté muy despacio olisqueándolos por todas partes... me los metí en la boca con recelo... y estaban buenísimos, uh, uh, uh. Esos brotes sólo se encontraban en los campos cerca de las aldeas, así que estaba muy contento cuando en el último momento me acordé de un macho joven hermanastro mío, al que le

gustaban mucho las bananas, así que agarré una al vuelo con las manos de mis pies y ese fue el momento en que de repente todas las serpientes se lanzaron contra mí. ¡En un instante se me enroscaron por todas partes y no había forma de salir de allí...! Los dos árboles se habían enderezado de repente y yo estaba colgado boca abajo en una red de serpientes. Toda mi familia empezó a chillar, yo empecé a chillar, los pájaros empezaron a chillar, y a volar, una familia de mandriles folloneros se lanzó también a aullar y se formó un pandemonio terrible.

Mi padre bajó corriendo, así, a medio desparasitar como estaba, y empezó a insultar y a tirar y a morder a las serpientes para que me dejaran libre, pero debían ser autistas, porque no hubo manera. Mi madre también bajó corriendo, y mis hermanos, y se arremolinaron a mi alrededor hablando todos a la vez y sin conseguir hacer nada de utilidad, hasta que volvieron los señores que olían, disparando para ver si, además de a mí, capturaban a algún otro para venderlo como comida. Todos huyeron asustados, salvo mi madre, que se quedó luchando contra las cuerdas, que ahora sé que lo son, hasta que la abatieron a tiros. A mi me metieron en una jaula, y me cargaron en unas angarillas, junto al cuerpo agonizante de mi progenitora, y así emprendimos rumbo al campamento que unos blancos habían instalado junto a la aldea de los negros. Lo último que vi de mi familia de sangre, aparte de la de mi madre, fue a mi padre subido en una rama, hamacándose de un lado para otro y rascándose la cabeza, y el detalle de mi hermanastro que, en medio del jaleo se había acordado de recoger sus frutas preferidas, y me miraba desde lejos, con el rostro impenetrable, sosteniendo una banana en cada mano.

*Chita se amustia un tanto con sus recuerdos y se sumerge en un silencio pensativo.
John retoma.*

JOHN

No. Mi hermano no ha venido a visitarme, pero yo no he nacido para estar sólo, y nunca me he sentido así: nunca lo he estado. Además: *hoy* vienen a visitarme a las doce... ¿Pero para qué quieren hablar de la soledad? Una vez me contaron una historia, que es la mejor que he oído, que decía: *el último ser humano sobre la tierra se hallaba sentado al fondo de una habitación. Y, de repente, llamaron a la puerta.* Y ahí se acababa. ¡Se acababa! Llamaban a la puerta... ¡y no sabemos quién era! Podría ser... ¡!... ¡cualquier cosa! ¡Cualquiera! Porque él era el último hombre sobre la tierra, ¿comprenden? Podría ser una mujer: su madre, una mujer hermosa... qué se yo... un inspector de hacienda, que no son casi humanos... Yo no lo sé, pero lo importante es que llamasen a la puerta. Esa llamada cambia todo lo anterior, como siempre. Cualquiera puede ser, con tal que de sea alguien. Ustedes pueden ser esa llamada para mí...

¿por qué estaba contando yo esta historia? Ah, sí, él estaba sólo, pero yo nunca he estado solo. Soy el señor de los monos, ¿quieren que haga mi llamada? No me cuesta nada... Ah, ¿hay gente durmiendo? ¿Tan temprano? Bueno, pues el otro día la hice en un bar de la ciudad, y todo el mundo se acordaba y se acercaron a verme, como los elefantes en las películas. Pero es que además, yo siempre he sido un buen hombre, creo. Algunos incluso dicen que demasiado. Como queriendo decir que soy tonto, ya sabe. Un buenazo: *John es un buenazo.* Eso pueden ponerlo, si quieren, pero yo tonto no he sido nunca. (Pausa)

Bueno, a lo mejor alguna vez. Todas mis mujeres también lo dicen. Ahora, porque antes... Pero la verdad es que jamás he hecho nada de lo que me arrepienta. ¡Ah, no! ¡Sí, sí! Hice una cosa, me acabo de acordar. Asesiné al pobre Gary. Siempre me ha pesado mucho en la conciencia. Mi mujer, la de entonces, Lulú López, quería mucho a Gary. A los dos Garys, para ser exactos. A Gary Cooper, su ex, y al loro de Gary Cooper, que se llamaba Gary, porque lo único que decía era eso: "Gary, Gary, Gary", todo el tiempo, como un loro, que es lo que era, y a mí nunca me ha gustado el

nombre de Gary, aunque Gary Cooper era mi amigo, y he ido a sacar a mi mujer de su casa muchas noches, pero a Gary no lo aguantaba. Al loro. Verán. El caso es que yo me había casado un año y medio antes con otra que no tiene nada que ver en este asunto y que se llamaba Bonnie. Pero entonces la Metro le ofreció a ella, a Bonnie, mucho dinero para que se divorciase de mí, porque decían que el señor de los monos no podía tener señora. Y aunque no queríamos, no se cómo fue ni cómo no que al final ella aceptó y yo entré en Jolibud sólo, que fue como meterse en la boca del león, nunca mejor dicho (por lo del león de la Metro, ja, ja, me entiende). Y allí, nada más entrar, a la altura del primer canino (por lo de la boca del león de la Metro, je, je), me saltó encima ese huracán de mujer. Y fue la noche del gran estreno de mi primera película, cuando todo el personal me había visto ya medio desnudo en cinemascopé. Yo volví a mi hotel a las tres de la mañana y de repente suena el teléfono, y oigo una suave voz latina que me dice: *Buenas noches, miister Taarzan. I am Lulú López. My ruum iis under yours. Would you like to have a drink with mii?* Y yo le dije: “sí, claro, y yo soy Orson Wells. Hale, buenas noches.” Y le colgué. Lulú López era una gran estrella por aquel entonces, y las estrellas de verdad *tenían* que tener genio, así que a los cinco segundos vuelve a sonar el teléfono y al cogerlo me sueltan una andanada en un mejicano del demonio del cual no entendí nada, salvo algo así como *pinche, hombre mono del carajo*, y no sé qué más, y luego colgaron de golpe. Atónito me quedé, así que llamé a recepción, donde me confirmaron que efectivamente era Lulú López, y me pusieron de nuevo con su habitación. “Lo siento, señorita Lulú”, le dije, “creí que era una broma. ¿La invitación sigue en pié?”. Y vaya si seguía... Y así nos conocimos, yo, un hombre mono y ella una mujer leona. (Pausa?)

¿Pero, por qué estoy contando esto? ¿Por qué quieren que les cuente esto? ¿No será mejor contar fantasías y no realidades? A fin de cuentas la realidad ya está ahí, ¿para qué vas a contar *El invierno de Tarzán*, o como se llame? ¿Qué quieren contar: todas mis miserias? ¡Yo no se si quiero ver todo eso en una película! ¡y desde luego no se si quiero trabajar en ella! ...salvo por el dinero ese del guión, claro. (Pausa)

Aunque también es cierto que hay otras muchas cosas que tampoco se, así que, en fin, será mejor que siga... Pero yo preferiría no envejecer, ¿no les parece? ¡Y por eso no habría problema, porque yo sigo en forma, y con buena voz! escuchen... (Se prepara para lanzar el grito de la selva) ...ah, ¿pero a la Metro le interesa? ...ah, claro, claro que lo mantendré en secreto... Y no me extraña que vuelvan ahora a quererme, porque no es sólo el dinero, es el mito, el mito, que es demasiado importante... la realidad llega un momento en que se pone decrepita, pero el mito, siempre lo he dicho, el mito es lo importante...

El loro Gary no era importante pero a mí se me atragantaba porque siempre que yo entraba no se le ocurría otra cosa al pajarraco que ponerse a gritar a voz en cuello: “Gary, Gary, pero qué gruapo que es mi Gary”. Y a mi mujer le hacía mucha gracia: “ja, ja, thiis parrot iis veery fuunny, verdad, encanto...?” Very funny, le decía yo, tan funny que le retorcería el pescuezo ahora mismo. Pero lo decía de broma, nunca pensé en retorcerle el pescuezo en serio, porque el animal no tenía la culpa, era demasiado estúpido. Y porque mi mujer le tenía mucho cariño y yo quería mucho a mi mujer, porque mi mujer me hacía reír mucho. Era una mezcla de tigresa salvaje, de garza exótica y de mona de feria. Cuando estaba de buen humor hacía las tonterías más divertidas e inesperadas que he visto nunca, pero podía pasar de diosa encantadora a peligro público en un abrir y cerrar de ojos. Y un día, a los cuatro años de casados, cuando las cosas ya no iban bien, volví de un rodaje en Florida, habíamos discutido por teléfono, y me dice: “Hellou, daarling” –hablaba perfectamente inglés, pero le gustaba darse exotismo en el acento- “I aam affraid I have veery baad news foor yuu”. Y yo me dije, ay dios mío. “Yuur puur dog –para contrarrestar al loro yo me había comprado tres años atrás un gran danés que era el perro más bueno, leal y cariñoso del mundo- “yuur puur dog iis dead... kaput, mai daarling. Somebody came to steal in the haus, and he killed the puur animal... aunque

después de envenenar a tu perro, el ladrón no se llevó nada, no es curioso?” La miré a los ojos, comprendí que había sido ella y me empecé a poner muy furioso. Y en ese momento el loro entró volando y se posó en su percha. “Gary, hola, Gary”, me dijo, pero yo lo ignoré con un desprecio olímpico. Has sido tú, le dije a Lulú, “¿mee?”, dijo ella, “yuu aar craazy, daddy!” Y a partir de ahí empezó una discusión de película por toda la casa, con loros volando, sillas derribadas y macetas rotas, hasta que, ya acorralada, me dijo, con la voz que sacaba cuando se transformaba en bruja: “¡Sí! A lo mejor yo maté a tu estúpido perro, pero tú me colgaste hoy el teléfono por segunda vez en tu vida, y eso no se lo consiento a nadie, comprendes, daarling!?” Pues no: hay mujeres que para mí serán siempre incomprensibles. Para entonces el pájaro estaba ya desquiciado, saltando de una pata a otra como un pelícano, y desgañitándose con su “Gary, Gary, gruapo, gruapo...”, así que no pude más y cedí a un impulso incontrolable: de un solo movimiento agarré al loro, le retorcí el pescuezo y se lo tiré a la cara.

Ese mismo día nos separamos para siempre. Y lo que no se me borra de la memoria es que aún en el suelo, entre plumas, patas y crestas revueltas, creo que todavía le escuché decir, mientras el pobre expiraba: “gruapo, Gary, gruapo...”, y por primera vez me pareció que me lo decía a mí, con cariño... Pero no se si fue realidad, o sólo una fantasía mía...

John se desdibuja en un limbo donde ya no sabemos qué es real y qué no, y Chita irrumpe con energías renovadas.